

2007

PEDRO MUÑOZ SECA

CELOS

ENTREMÉS EN PROSA, ORIGINAL

Repetido

SEGUNDA EDICIÓN

Copyright, by Pedro Muñoz Seca, 1907

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1910



CELOS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

PEDRO MUÑOZ SECA

CELOS

ENTREMÉS EN PROSA, ORIGINAL

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL de Madrid, la noche
del 16 de Febrero de 1907

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

E. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DCP.º

Teléfono número 551

1910



Al genial y graciosísimo actor
Pepe Santiago, á quien tanto admira
y quiere su agradecido amigo,

El Autor

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

ELVIRA.....	SETA. SUÁREZ.
MIGUEL.....	SR. SANTIAGO.
JUAN ANTONIO.....	SORIANO VIOSCA.
DOMINGO (criado).. ..	SUÁREZ.



CELOS

Gabinete lujosamente amueblado. Mesa, con papeles y libros, á la derecha. A la izquierda, primer término, un amplio biombó. Practicables en el fondo y el lateral izquierda. Es de día. La acción en Madrid. Epoca actual.

ESCENA PRIMERA

JUAN ANTONIO, MIGUEL y DOMINGO, dentro

- J. ANT. (Sentado ante la mesa y repasando unos papeles.)
¡Las tres y media ya! Nada: está visto. Este escrito me va á dar la tarde. Siempre deseando que llegue un día festivo para verme libre de clientes y de procuradores y de pleitos, y no sé cómo me las arreglo, que no hay día de fiestas, ni de descanso para mí. Menos mal que siquiera esta tarde me dejarán tranquilo. (Se oyen voces dentro.) ¿Eh? ¿Quién grita?
- MIG. (Con voz destemplada.) ¡Déjeme usted pasar! ¡Yo entro en esta casa como en la mía! (Juan Antonio se levanta.)
- DOM. ¡Tengo orden de no dejar pasar á nadie!
- MIG. (Como antes.) ¡Qué orden ni qué demonios!
- J. ANT. Pero si es Miguel. (Asomándose al practicable del fondo.) ¡Miguel!
- MIG. ¿Está usted viendo?
- J. ANT. Ven acá, hombre, ven acá.

674730

ESCENA II

JUAN ANTONIO y MIGUEL

- MIG. Pues bonito humor traigo yo para que me pongan obstáculos. (Arroja el sombrero sobre una silla.)
- J. ANT. (Admirado.) Pero... ¿qué es esto? ¿Qué pasa? Tú por aquí y á estas horas y con ese gesto. ¿Ocurre algo?
- MIG. ¡Juan Antonio! (Medio abrazándole, muy afectado.)
- J. ANT. ¿Eh? ¿Qué es eso?
- MIG. Soy el más desgraciado de los hombres.
- J. ANT. ¿Tú? A ver, explícate.
- MIG. (Como antes.) No te cases, Juan Antonio, no te cases.
- J. ANT. Pero...
- MIG. Estaba escrito; tenía que suceder.
- J. ANT. No te comprendo, Miguel.
- MIG. (Golpeándose la cabeza.) ¡Estoy hasta aquí! ¡¡Hasta aquí!! ¿No te decía yo que el trueno gordo se acercaba? Pues ya llegó, ya. Yo no puedo sufrir más, ni aguantar más, ni padecer más.
- J. ANT. Vamos, cálmate, Miguel, cálmate.
- MIG. (Cada vez más exasperado.) ¡Esto pasa de la raya! ¡Esto no hay quien lo tolere, ni quien lo soporte, ni quien lo resista! Elvira no es una mujer, es una fiera; una fiera indomable, imposible. ¡No puedo más; mi vida es un infierno!
- J. ANT. Pero...
- MIG. Nada, se acabó; estoy decidido, se acabó.
- J. ANT. Pero reflexiona que...
- MIG. Nada de reflexiones; no vengo aquí á buscar al amigo sino al abogado; nada de reflexiones. Que se vaya á vivir con su madre ó con su tía ó con el diablo; que me deje de una vez, para siempre; esto no es vivir, no es vivir.
- J. ANT. Un poco de calma.

MIG. El divorcio se impone. ¡Nada! ¡No me argumentes nada! ¡El divorcio! ¿Lo oyes bien? ¡El divorcio!

J. ANT. Vamos, siéntate; explícate...

MIG. (Cada vez más excitado.) No hay paciencia posible, no hay quien lo resista, no podemos vivir los dos bajo el mismo techo: imposible. ¡Imposible!

J. ANT. ¡Al año de casados! ¡En plena luna de miel!
MIG. ¡Qué luna ni qué rábano! A su lado es inconcebible la felicidad.

J. ANT. Pero, ¿por qué, hombre, por qué?

MIG. Es horrible, exageradamente celosa.

J. ANT. ¡Bah! En eso no hace más que imitarte, porque tú...

MIG. Sí, señor, muy cierto: yo soy celoso, es verdad; pero yo soy celoso con razón, con muchísima razón; porque yo sé lo que es el mundo y porque conozco á la humanidad, y, sobre todo, porque Elvira me da motivos para que viva con recelos; porque cuando me casé con ella, sabía que me casaba con una redomada coqueta; porque ella es desenvuelta, y habladora, y provocativa, y amiga de flirtear, y aficionada al constante vísteeo, y partidaria de no perder espectáculo, ni festejo, ni baile, ni té, ni demonio. Yo soy celoso porque debo serlo; pero, ¿y ella? ¡El a! ¿Me quieres tú decir en qué se funda ella para estarme mortificando constantemente? ¿Para amargarme de este modo? Te digo, Juan Antonio, que la odio. ¡La odio!
¡La odio!

J. ANT. ¡Cálmate, hombre! ¡Cálmate!

MIG. ¡Es un monstruo! No me deja respirar; á todas horas me observa, me asedia, me persigue. Que me visto; pues ya se sabe. ¿Adónde vas?—Al Casino.—¡No! Tú no vas al Casino.—¿Ya empezamos, Elvira?—Tú vas á otra parte.—Vamos, Elvirita, no me martirices, anda, vístete y vé con tu madre al teatro; yo iré á recogerte—Iré al teatro ó adonde me parezca, porque ya que tú me engañas quiero imitarte.—¡Elvira! ¡Elvira!!

—Nada; y me voy al Casino y á los cinco minutos un criado con una carta: «Dime si estás ahí.»—¡Aquí estoy!—Y á los diez minutos otro criado con otra carta.—«Dime si continuas ahí.»—Y al cuarto de hora me llaman por teléfono y es ella. ¡¡Ella!! ¡Vamos! ¿Crees tú que esto hay quien lo soporte?

J. ANT.

MIG.

¡Vaya! Acaso tú exageras...
¡Y si fuera esto solo! Pero hay más; mucho más. Que me acicalo un poco más de lo ordinario, ya sabes tú que siempre me ha gustado ir bien, pues para qué.—¿Eh? ¿También te has afeitado hoy? ¡Claro! Por lo visto le agradas más con el cutis muy fino.—
¡¡Dios mío!!—¡Y la corbata amarillo-cromo!
¡Como es la que más te favorece!... No; pón-tela, pón-tela!—¡Pero, Elvira, por favor, por caridad, por compasión!—¡Perjuero! Si estoy leyendo en tu pensamiento; si sé que me engañas; sí, me engañas. Tú estás enamorado de la de Macías; sí, de la de Macías; de la de Macías. Eres un miserable, un canalla. Y erre que erre, y dale con la de Macías, y torna con la de Macías, y yo á todo esto sin saber quién es la de Macías.

J. ANT.

MIG.

¡Válgame Dios!
¿Pues y en el teatro? ¡¡Oh!! ¡Qué suplicio!
¿Eh? ¿A quién miras? A la tiple, ¿no es cierto? Te gusta la tiple, ¿verdad? No, no me digas que no; te gusta la tiple. Suelta los gemelos, dame los gemelos, trae los gemelos.—¡Toma los gemelos!—¿Ves? ¡Si hasta te has puesto nervioso! ¡Anda! Anda vé á buscarla; casualmente aquel joven del monoclo, parece que está deseando que te vayas para mirarme con entera libertad. Y dale con la tiple y con el monoclo, y así toda la noche y en todas partes y á todas horas. Dime tú si esto hay quien lo aguante en el mundo.

J. ANT.

MIG.

Bueno, pero vamos á ver; cálmate; contéstame á una pregunta.
Nada: el divorcio. ¡El divorcio!

- J. ANT. Porque sin duda ninguna para que tú hayas dado este paso...
- MIG. Hemos tenido hace un momento una escena terrible. ¡Espantosa! ¡Brutal!
- J. ANT. A eso iba.
- MIG. Otra ridiculez suya. Figúrate que recibo una carta de esa escritora que firma con el pseudónimo de Colombine, preguntándome mi opinión acerca del voto de las mujeres. Creo que esto no tiene nada de particular. Bueno: pues á Elvira se le ha metido en la cabeza que esa carta no es de Colombine, sino que es de otra mujer, y que se trata de un plan convenido, y que esta carta significa otra cosa, y que es de la de Macías, y que se la pego, y que soy un canalla y un perjuro y un sinvergüenza, y... ¡es claro! á cualquiera le hubiera sucedido lo mismo: me cegué y he hecho una barbaridad.
- J. ANT. ¿Eh?
- MIG. Tiré la mesa y las sillas y los platos y todo; nos hemos arrojado los tuestos á la cabeza, y... ¡qué se yo! ¡Arañazos, golpes, gritos; acudieron los criados y los vecinos, y hasta el portero, á ella le dió un accidente, y yo, rojo de indignación y de vergüenza he salido de allí para no volver más!
- J. ANT. ¿Para no volver más?
- MIG. Para no volver más; como lo oyes; para no volver más.
- J. ANT. Pero...
- MIG. Nada, vuelvo á repetirte que estoy decidido; el divorcio, pronto, en seguida.
- J. ANT. Piensa que...
- MIG. Tú no eres mi amigo, eres mi abogado; nada más que mi abogado. ¡El divorcio! ¡Pronto! ¡El divorcio!

ESCENA III

DICHOS y DOMINGO

- DOM. (Por el fondo.) ¿Señor?
- J. ANT. ¿Qué hay?

- DOM. Una señora que dice llamarse doña Elvira Campuzano pregunta por usted.
- J. ANT. ¡Elvira!
- MIG. ¡¡Mi mujer!! (Nerviosísimo.)
- J. ANT. ¡Ella aquí!
- MIG. ¡La escalera falsa! ¡Dónde está! ¡Por dónde se sale!
- J. ANT. Te encontrarías con ella.
- MIG. ¡Escóndeme! ¡Pronto!
- J. ANT. ¡Aquí! En esta habitación: tras el biombo. ¡El sombrero! ¡Toma el sombrero! (Miguel toma su sombrero y se parapeta tras el biombo. Acercándose aún más á la puerta.) Diga usted á esa señora que puede pasar. (Vase Domingo.)
- MIG. ¡A qué vendrá esa infame! ¡Un revólver!
- J. ANT. Por Dios, Miguel: mucha prudencia: no olvides que estás en mi casa. ¡Calma! ¡Mu-cha calma! ¡Silencio!

ESCENA IV

JUAN ANTONIO, MIGUEL y ELVIRA

- ELV. (Por el fondo. Viste con extraordinaria elegancia y entra sofocada y afectadísima. Habla con gran nerviosismo y precipitación.) Usted perdone, Juan Antonio, si vengo á importunarle; pero...
- J. ANT. ¡Señora!
- ELV. No vengo á ver al amigo: vengo á ver al abogado.
- J. ANT. Al abogado amigo, que está siempre á sus pies, señora.
- ELV. Gracias.
- J. ANT. Siéntese usted, señora.
- ELV. No puedo.
- J. ANT. Parece que viene usted algo fatigada y nerviosa: ¿pasa algo anormal? ¿Sucedo algo?
- ELV. Sucedo lo que tenía que suceder, Juan Antonio: lo que tenía que suceder. Que no puedo más: que Miguel es insoportable, intratable, imposible; que no es un hombre: es una fiera, un monstruo, que no hay quien lo aguante; que me mata á disgustos, que

soy una mártir. ¡Una pobre mártir! Nada, y que se acabó; yo no puedo continuar así ni un minuto más, ni un segundo más.

J. ANT.

Pero...

ELV.

¡Ni un segundo más! Estoy decidida, resuelta, mi voluntad es inquebrantable, no me haga usted objeciones, perdería usted el tiempo, sería en balde.

J. ANT.

Bien, pero...

ELV.

Nada, nada: le digo a usted que nada. Mi casa es un infierno: mi vida es un calvario, para mí no hay tranquilidad, ni sosiego, ni dicha. ¡Se acabó! (Juan Antonio pretende hablar en vano.) ¡Que se acabó! ¡El divorcio y hemos terminado!

MIG.

(¡También ella!)

J. ANT.

Señora; esa resolución...

ELV.

Es la única; la única, Juan Antonio. Acabamos de tener una escena violentísima; Miguel, no es un caballero, es un salvaje. Estoy decidida á no volver á mi casa: no señor, no vuelvo, no vuelvo. Yo no puedo con tanto martirio: no puedo. (Lloriqueando.) No puedo.

MIG.

(¡Hipócrita!)

J. ANT.

(¡Qué tarde, Dios mío!) Vamos, señora, un poco de tranquilidad. ¡Por Dios! Cállese usted; sosiéguese usted.

ELV.

¡Soy muy desgraciada!

J. ANT.

Cuénteme usted las causas de esas desavenencias: no acierto á explicarme lo que sucede. ¡Al año de casados! ¡En plena luna de miel!

ELV.

(Suspirando.) ¡Ay! Ríase usted de la luna. Con Miguel no hay luna posible: sus celos constantes le hacen infeliz y me llenan á mi también de infelicidad.

J. ANT.

¡Cómo! Pero Miguel...

ELV.

Celoso hasta la exageración.

MIG.

(¡Claro! ¡Y con razón!)

J. ANT.

¡Pues tengo entendido que usted es también algo celosa!

ELV.

(Con precipitación.) Sí, señor; pero yo tengo sobrados motivos para ello. Yo sé lo que es

el mundo y yo conozco á la humanidad y sé cómo son las mujeres, y temo con muchísima razón. Además, al casarme con Miguel, sabía que me casaba con un hombre de mucho cuidado, con un hombre galante, decididor, calavera, vicioso, muy mal acostumbado; porque usted, mejor que nadie, sabe cómo ha sido siempre Miguel; por lo tanto, mis celos son justos, muy justos: pero, ¿y los suyos, Juan Antonio? ¿Quiere usted decirme en qué se funda ese monstruo?

MIG. (¡Y lo pregunta!)

ELV. Crea usted que no me deja respirar; así, como suena, que no me deja respirar.

MIG. (Ni tú á mí.)

ELV. Es cursi ridículo, insoportable...

MIG. (Estaba por salir y...) (Juan Antonio sofoca la risa.)

ELV. Cada vez que se marcha de casa ha de decirme lo mismo.—Elvira, hasta luego. Voy al Casino, ¿sabes?—Bueno.—No volveré hasta dentro de tres ó cuatro horas.—Está bien.—Comeré allí.—Como gustes.—¿Qué vas á hacer tú entre tanto?—Nada; esperarte.—¿De veras? ¡Vamos, no empieces, Miguel!—Y se marcha y se va al Casino, y á los diez minutos un criado con una carta.—¿Estás ahí? Mándame un pañuelo.—Ahí va el pañuelo.—Y á los cinco minutos otra carta.—¿Estás ahí? Mándame la boquilla; y al cuarto de hora... rin, rin, rin, el teléfono.—¿Sigues ahí? ¿Eres tú?—Sí, yo soy.—Háblame fuerte, que no percibo bien tu voz... (Gritando.)—¡¡Yo soy!!—¡Mentira! Usted no es la señora, usted es Ramona, la doncella, y tira el aparato y abandona el Casino, monta en el automóvil y entra en casa demudado, nervioso, loco, creyendo no encontrarme, creyendo que le engaño... ¡qué sé yo! ¿Usted cree que hay quien soporte tan grave ofensa? ¿Quién se figura que soy yo? ¡Esto es intolerable! ¡¡Intolerable!!

MIG. (¡Cómo exagera las cosas!)

- J. ANT. Bien; pero comprenda usted, Elvira, que...
ELV. Yo no comprendo nada, ni quiero comprender nada; mi dignidad no puede consentir esas dudas que me ofenden y me insultan.
- J. ANT. Pero...
ELV. Y si fuera eso sólo, pero hay más, muchísimo más. Yo no puedo vestirme, ni arreglarme, ni aderezarme un poco. ¡Nada! ¿Por qué te rizas? ¿Por qué te recoges el pelo en esa forma? ¿Eh?—Contéstame.—¡Por Dios, Miguel!—No, tú quieres agradar á alguien. ¡Sí! Lo leo en tus ojos; tú me engañas.—¡Miguel, por favor!—¡Me engañas, me engañas!—¡Dios mío!—Tú estás enamorada de Claudio, el del monoclo—Pero...—¡Nada! No te inmutas; te delata tu misma tu bación. Sí, no hay que dudarlo. ¡De Claudio! ¡De ese petimetre sandio y estúpido! Y dale con Claudio y torna con el monoclo y á todo esto sin saber yo quién es ese Claudio el del monoclo. ¿Hay quién sufra estas injurias, Juan Antonio?
- J. ANT. Bueno, pero sin duda...
ELV. ¿Pues y en el teatro? ¡Dios mío! ¡¡Que noches!!
- MIG. (¡Como la dejen hablar!...)
ELV. —«¿Eh? ¿A quién miras?» ¿Yo? A nadie. —«¡Mientes! Tú estás mirando al de la barba canosa.»—¡Miguel!—«Dame, trae, suelta los gemelos.»—¡Toma, hombre, toma los gemelos.
- MIG. (¡Eso también lo haces tú!)
ELV. Pues me pongo á mirar á la escena. ¡Para qué!—«¡Veo que no le quitas ojo al tenor!»
- MIG. (¡Y es verdad!)
ELV. «En efecto, es un buen tipo, comprendo que te guste.»—¿Otra vez, Miguel?—«No me lo niegues; te gusta, te gusta.»
- MIG. (¡Y le gusta, vaya si le gusta!)
ELV. Bueno, y así en todas partes y á todas horas y siempre igual.
- J. ANT. ¡Válgame Dios!
MIG. (¡Y la compadecel!)
ELV. Yo en las iglesias necesito ponerme junto al

- altar y no mirar ni aun al sacerdote, y en los bailes tengo que esconderme detrás de un portier, y para pasear en carruaje es preciso que lleve echadas las cortinillas y los cristales y las persianas. ¡Vamos! Le digo á usted, amigo Juan Antonio, que esto no es vivir. Bien; pero esa escena violenta, que ha obligado á usted á tomar esta resolución...
- J. ANT. Bien; pero esa escena violenta, que ha obligado á usted á tomar esta resolución...
- ELV. ¡Nada! Otra barbaridad de mi marido. Fíjese usted que recibe Miguel una atenta carta de Colombine, pidiéndole su opinión sobre el voto de las mujeres. Sea enhorabuena—le dije yo, por decirle algo. «Es extraño—dice él—porque yo no conozco á esta señora, ni tengo notoriedad para que se me consulte.»—Y se me queda mirando muy fijamente y palidece de súbito y me espeta sin más preámbulo: «Tú puedes explicarme lo que significa esta carta.»—¿Eh? ¿Yo? «Sí: tú; esta carta encierra algo; simboliza algo; esta carta no es de Colombine; esta carta es una cita disfrazada; una señal convenida.»—¡Miguel!!—¡Sí; sí! Esta carta es de Claudio, el del monoclo. ¡Miserable! ¡Canalla!—Mire usted, lo confieso; no pude contenerme; tiré la mesa, los platos, cuanto tenía á mano; le arrojé un salero á la cabeza, nos arañamos, nos pegamos; acudieron los criados, los vecinos ¡hasta el portero! Yo fingí un ataque de nervios; él se encerró en su despacho y yo he salido de aquella casa para no volver más.»
- MIG. (¿Eh?)
- J. ANT. ¡Élviral!
- ELV. Para no volver más, Juan Antonio; yo quiero vivir tranquila; (Cada vez más enfadada.) estas luchas van á acabar conmigo; yo soy muy desgraciada; sus celos son injustos; sí, señor, muy injustos. (Llora.)
- MIG. (¡Eal ¡Ya empezó!)
- E. V. Créame usted, Juan Antonio. (Sin dejar de llorar.) Yo no me ocupo de nadie, ni á mí me importa nadie; yo no quitero á nadie más que á Miguel.

- J. ANT. ¡Vamos, señora!
ELV. Y le he dado muchísimas pruebas de ello.
MIG. (Algo afectado.) (No; en eso tiene razón; la pobrecilla...)
ELV. Miguel es injusto conmigo. (Miguel se seca una lágrima.)
J. ANT. (¡Qué tarde, Dios mío!)
ELV. Se lo juro á usted; yo soy inocente.
MIG. (¡Y yo!)
ELV. Yo no le doy motivos para que me juzgue de ese modo; yo no sé quien es ese Claudio del monoclo.
MIG. (Asomando la cabeza por encima del biombo.) Ni yo sé quien es la de Macías, señora.
ELV. (Asustada.) ¡Ay! (Miguel sale de su trinchera y se coloca frente por frente á Elvira, muy erguido.) ¡El aquí!
MIG. ¿No ha venido usted? Pues también yo; y antes que usted y á lo mismo que usted.
ELV. Pues habrá usted escuchado cuál es mi deseo.
MIG. Idéntico es el mío.
ELV. ¡El divorcio!
MIG. ¡El divorcio!
ELV. ¡En seguida!
MIG. ¡En seguida!
ELV. ¡Me insulta usted con sus celos ridículos!
MIG. Y usted me hace escenas insoportables.
ELV. ¡Le odio á usted! (Furiosa.)
MIG. ¡Y yo á usted! (Airadísimo.)
J. ANT. (Mediando entre ambos.) No hay que exaltarse; calma; prudencia; lo suplico.
MIG. Es que...
J. ANT. ¡Silencio! Ahora me toca á mí. Señora, siéntese usted aquí; haga el favor. (Le hace sentar junto á la mesa.) Y tú aquí.
MIG. Bueno, pero...
J. ANT. No me repliques; siéntate y cálmate. (Miguel se sienta en el otro extremo de espaldas á ella.)
MIG. Ya sabes que no desisto ¿eh? ¡El divorcio!
ELV. Ni yo tampoco; el divorcio.
J. ANT. ¿Quieren hacerme el favor de dejarme hablar?
MIG. Porque ella...

- ELV. ¡No callará! Es testarudo como un adoquín.
MIG. (Levantándose amenazador.) ¡Oiga usted, señor...
J. ANT. (Sujetándole y obligándole de nuevo á tomar asiento.)
¿Otra vez? ¿Es que ni aun suplicándolo
puedo hacerme oír? Por favor, Miguel; para
algo han venido ustedes aquí, y no quiero
que hayan venido en balde.
MIG. No volveré á interrumpirte.
J. ANT. Conste á los dos, que más que abogado,
quiero ser, en esta cuestión, un amigable
componedor. No, no me interrumpa usted;
no está en mi ánimo el volver á unir á us-
tedes: sería inútil; entre ustedes dos, no
puede haber ya nada de común. La separa-
ción de ustedes se impone; es necesaria,
imprescindible. Nada de divorcio ni de es-
cándalo; eso sería dar una campanada de-
masiado sonora, y no hay necesidad de
apelar á tan extremado recurso.
MIG. Pero...
J. ANT. Aquí se impone una separación particular,
amistosa, educada, como corresponde á per-
sonas de la posición social que ustedes ocu-
pan.
MIG. Aceptado.
ELV. Conforme.
J. ANT. Eso es lo más conveniente, y celebro que se
hallen ustedes en tan favorable textura.
MIG. No deseo otra cosa.
ELV. ¡Ahora mismo!
J. ANT. ¡Calma! Puesto que ambos son ustedes
igualmente celosos, y la vida se les hace
imposible y ya no se tienen ustedes cariño
ninguno, sino antes el contrario, un odio pro-
fundo...
MIG. Hombre, Juan Antonio, no tanto; al menos
por mi parte; eso de profundo...
ELV. Tampoco yo he señalado la magnitud de
mi antipatía hacia Miguel; porque más que
odio es antipatía lo que...
J. ANT. Bueno; grado más, grado menos, para el
caso es lo mismo.
MIG. ¡Cómo ha de ser lo mismo!

ELV. Dice bien Miguel; ¡cómo ha de ser lo mismo!
J. ANT. Puesto que mutuamente se mortifican ustedes, creo lo más conveniente que Elvira vuelva de nuevo á su casa.

ELV. ¿A mi casa? Eso sí que no. (Levantándose.)

J. ANT. O se marcha usted á viajar.

MIG. ¿Sola? (Levantándose también.)

J. ANT. ¡Naturalmente! Y así no tienes tú que preocuparte sobre si sale ó no sale, ó si mira ó no mira; que haga lo que mejor le plazca.

MIG. ¡Nada de eso!

J. ANT. ¿Eh?

MIG. Que nada de eso, hombre; pues estaría bueno.

J. ANT. Pero si á ti no te perjudica, Miguel; si tú puedes hacer otro tanto. Te marchas á un hotel, te figuras que no te has casado y á divertirse.

ELV. ¿Eh? ¿A divertirse? ¿Que se figure que...? Nada de eso, Juan Antonio, nada de eso.

J. ANT. ¡Claro! Todo esto tiene sus inconvenientes, yo no dejo de reconocerlo: la soledad, los naturales sufrimientos de la vida sin una mano amiga y cariñosa que los endulce y los aminore. Recordarán ustedes, acaso con pena, los días felices que pasaron juntos, queriéndose como dos pájaros, y puede que ahora les mortifique un poco la idea de que, andando el tiempo, más adelante... lo que sucede... lo que es de esperar... Miguel llegará á querer á otra mujer, y Elvira... á otro hombre.

MIG. (Desencajado.) ¡¡Ella!! ¡A otro hombre!

ELV. (Idem.) ¡¡A otra mujer!! ¡¡El!! (Juan Antonio sonríe satisfecho.)

MIG. ¡¡Elvira!!... ¡¡Mi Elvira!!

J. ANT. Y tú á otra mujer; desengáñate, es lo natural, lo posible.

ELV. (Afectadísima.) Sí: él sería capaz, muy capaz de ello; pero yo... (Llora.)

MIG. (También muy afectado.) Mas bien tú serías capaz de esas felonías; yo, no; nunca; mi único defecto ha sido siempre el quererte demasiado. (Llora.)

- ELV. Porque te quiero soy yo celosa, no por ningún otro motivo.
- MIG. Pero me haces sufrir mucho.
- ELV. Y tú á mi lo mismo.
- J. ANT. ¿Y es posible que en donde hubo tanto cariño no quede ninguno? ¿Es posible que un Claudio imaginario y una señora de Macías, que no ha existido nunca, echen por tierra toda una felicidad? No, no. ¡Ea! Se acabaron las rencillas. ¡Vamos! Abrazarse. ¡Si están ustedes rabiando por abrazarse!
- ELV. ¡Por mí!...
- MIG. ¡Y por mí!...
- J. ANT. (Empujándoles cariñosamente.) ¡Así! (Elvira y Miguel se abrazan sin mirarse y como avergonzados.)
- ELV. ¡Miguell
- MIG. ¡Elvira de mi alma!
- J. ANT. (Me han dado la tarde.)
- ELV. Se acabaron los celos, ¿eh?
- MIG. Eso mismo te digo. Se acabaron para siempre.
- ELV. ¡Para siempre!
- MIG. No volverás á mandarme recaditos.
- ELV. Ni tú á llamarme por teléfono.
- MIG. Ni me hablarás de la de Macías.
- ELV. Ni tú de Claudio.
- MIG. (Abrazándola de nuevo.) ¡Mi nena!
- ELV. ¡Ay!
- J. ANT. (Al público.)
Ya que un mal rato me han dado
y no he de cobrarles nada,
me estimaré compensado
si el entremés ha gustado
y nos dan una palmada. (Telón.)

OBRAS DE PEDRO MUÑOZ SECA

- Las guerreras*, juguete cómico-lírico.
El contrabando, sainete. (Tercera edición).
De balcón á balcón, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Manolo el afilador, sainete lírico.
El contrabando, sainete lírico. (Cuarta edición.)
La casa de la juerga, sainete lírico.
El triunfo de Venus, zarzuela.
Una lectura, entremés en prosa.
Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Las tres cosas de Jerez, zarzuela.
El lagar, zarzuela.
A prima fija, entremés en prosa.
El niño de San Antonio, sainete lírico.
Floriana, juguete cómico en cuatro actos.
Los apuros de Don Cleto, juguete cómico.
Mentir á tiempo, entremés en prosa.
El naranjal, zarzuela en un acto.
Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto.
El fotógrafo, juguete cómico en un acto.



Precio: UNA peseta

